

lado una escalera metálica que va al nido de la cigüeña, seguro que para un buen fin de protección animal.

Un barroco popular para levantar una ermita con el nombre del patrón. Y como se ve que nadie, en los siglos que van del XVI al XX, ha querido ocultar su huella, una placa en piedra en la fachada de la iglesia recuerda una entrega paisana, quizá. El espacio anterior a la ermita está cercado por una verja, y no sabe el forastero si fue error de quien la encargó o de quien la cinceló, que ha quedado con una visible falta de ortografía. Se lee en la placa: *Berja costeada por D^a Teófila Bernal y Campos. Año 1930*. Nadie después ha costeado un cincel para corregir el yerro, aunque, bien mirado, ahí está la originalidad. Y si verja hubiera estado escrita con uve, seguro que al forastero no le hubiera llamado la atención.

Junto a la fachada de la ermita, un balcón asoma con la gracia mohosa que aún conserva en la herrumbre de su barandilla. Unos yerbajos secos acompañan los hierros, y, al fondo, una puerta de dos hojas, de madera, con dos huecos por los que mirara la ausencia. Hay muchas casas vacías en la Sierra de Huelva; casas dejadas, abandonadas no sabe el forastero a qué suerte, no sabe el forastero a la espera de qué, si de alguien que quiera comprar un cuarto para la paz o del tiempo que se encargue de ir derribándolas poco a poco.

Un pueblo en dos. La Corte tiene otro porte, de más habitado y de más nivel. En alto, dominando cuasi todo el caserío y, sobre todo, asomada a la majestuosidad del paisaje serrano, ondulado y gris lejanía, por donde se ven serpentear las aguas del Pantano de Aracena, la iglesia de Nuestra Señora de la Concepción —una magnífica imagen policromada de la Concepción, anónimo de la escuela sevillana, se halla en la ermita de San Juan Bautista, como nexo devocional entre los dos barrios— se levanta, blancor y adornos de color teja, señora del caserío. Antes de llegar, por la calle que sube, al forastero le llama la atención el nombre de un hotel restau-

CEMENTERIO. PLACITA DE TOROS.

ro, conocedor de su desorden, piensa que sería terrible para él vivir en una casa así. Y para la casa también sería terrible. Y para María Auxiliadora. Colecciones de almíreces, de muñecas, de cucharillas, de velones, de platos, de réplicas en miniatura de aperos de labranza... Una tienda. El matadero lleva el apellido del marido fallecido, Eiriz, y, según nos cuenta María Auxiliadora con su abierta y manifiesta amabilidad, tienen productos de primera calidad.

María Auxiliadora le dice al forastero que no suba al coche, que recorra a pie el pueblo. Es mejor. Estos pueblos serranos, además, no se trazaron para que pasaran los coches: o no caben o dificultan la paz viandante. Es mejor buscar el pueblo por sus venas, sus calles, y ganarlo a pulso del andar.

Desde el XVI al XX, los siglos han ido poniendo sus mejores manos en la er-

mita de San Juan Batista, arriba, donde el pueblo —Puerto Gil, el Puerto— se remansa, llano, entre callejas sinuosas. La ermita destaca, por fuera, en su fachada, donde la obra de ladrillo logró conseguidas formas. Portada resuelta en arco de medio punto y, adelgazándose fachada arriba, la espadaña, de tres cuerpos, presenta tres campanas desiguales, un reloj parado en las 8.50 de cualquier día, o en las 20.50 de cualquier tarde, una cruz muy elaborada como remate sobre la veleta y, lo que es habitual, un nido de cigüeñas.

Agradecería una limpieza el ladrillo de la fachada, que el rojizo original va —será del tiempo y del agua, y de los vientos— ensuciándose, ennegreciéndose, cuasi tanto como la piedra de la fuente junto al lavadero. Pero destaca, a pesar de todo. Por la parte trasera, desde el tejado de la ermita han insta-

rante: *La Casa del Cura*. Quizá esta casa, hoy de hospedaje y comida, fuera la que habitaban los párrocos de la iglesia de la Concepción, por su cercanía.

Ante la fachada, en el suelo, un reloj de sol, y en la espadaña que corona el edificio, un reloj de manillas con esfera cerámica, girado todo él en busca de una orientación que no cuadra si no es que antes de ser un reloj de manilla lo fuera de sol, como el que está en el suelo.

Prunos y árboles del paraíso adornan la fachada principal, y tras la iglesia, el cementerio. Si el espíritu de los muertos vive, qué vista para el espíritu. Blanco y en pronunciada pendiente en la ladera el cementerio, la muerte se derramaría monte abajo si el camposanto no tuviera tapias. Y en la puerta, una lápida: *Cementerio municipal. Se rectificó en el año de 1929*. Y frente al cementerio, honda como un pozo de miedo, el cerco de una plaza de toros de piedra, círculo que, con unas escasas gradas, casi se pierde entre yerbajos. Están de obra en esta zona, y sería una buena idea restaurar la pequeña plaza taurina, aunque sólo fuera por el gusto de colocarle al paisaje serrano el inconfundible trazo urbano de esa tonsura que guardará memoria de días de capeas o festejos. O, quién sabe, la adecentan cuando se acercan las fiestas, que incluso tiene una zona, de reciente construcción, con pinta de palco de autoridades. El forastero piensa en algunos toreros supersticiosos que serían incapaces de ponerse frente a un toro con el cementerio al lado, tras el corral de la *Casa del Cura* y cerca de la iglesia. Imaginen un día que coincidan un entierro y un festejo taurino, y, por imaginar, imaginen a un torero supersticioso que oye, entre clarines, el doble lastimero de las campanas, y de reojo ve pasar un ataúd...

Encerrada entre altos montes, oteadora de un paisaje de encinas y olivos, verdor constante a pesar del calor de junio, Corteconcepción anida en la Sierra de Aracena como una dama blanca que sueña no se sabe qué remotos

CHARLA. ARQUITECTURAS.

tamente empedradas, y un golpe de silencio que se solivianta cuando en la Plaza de la Concepción un paisano la cruza con una voz, llamando a otros. De pronto, el pueblo recobra vida, una vida que se hierde al pasar un coche que le marca la cara al silencio.

Corteconcepción no está hecha para los coches, es para andarla, como todos estos pueblos. Seiscientos habitantes para dos barrios que forman un pueblo. El cerdo ibérico como solución al pan diario. Llegará agosto —quedaron atrás las fiestas de San Juan— y vendrán las Fiestas del Camino, que unirán en una sola puntada los dos barrios. Y llegará el Corpus... en septiembre. Corteconcepción tiene un privilegio de la Santa Sede para celebrar el Corpus en septiembre. Las imágenes del Señor y de Nuestra Señora de la Concepción recorren las calles del pueblo el primer fin de semana del

Silencio alterado por las fiestas. La gente que trabaja debe de andar en el campo. O en sus casas. Luz y silencio suben y bajan por las calles cortesananas, como un invisible tren fantasma a la espera de que el nervio de un impulso empresarial suba y se pasee por el pueblo. Pero el forastero decide pensar que esta gente es feliz, y recuerda unos versos de Manuel Machado: *Dame, Señor, un alma sencilla como cualquiera de éstas*.

Al pasar por una calle, una mujer viene con una hogaza de pan en la mano. El forastero le mira, al salir del pueblo, por el espejo retrovisor del coche. Y recuerda: ¿Qué habrá sido de aquella muchacha panadera que le dejó la mirada mientras le vendía un pan serrano, hace cuarenta años?

La callada *danza* de la soledad

HINOJALES

Mancomunidad de Municipios
Sierra Minera

El forastero

ya se ha hecho a esto de llegar a un pueblo y creer que acaban de irse todos. Y, como en otros pueblos, si tocaran las campanas, se alarmaría y creería que hay una epidemia, una desgracia grande, un incendio, un crimen horrendo, y que todos han huido del lugar. Cuando el forastero dice que no hay nadie es que no hay —quiere decir, no ve- nadie. Nadie. Y para que el demonio no le coma la lengua, una muchacha, una sola muchacha, no sabrá nunca el forastero si a la espera de alguien o en una soledad que huía del aburrimiento doméstico, vestida con un horrible chándal que le apretaba en sus generosas carnes de juventud rebosante en lípidos.

Fuente de la villa. Reconstruida en el año 1927, siendo alcalde Don Pablo Moya... El forastero no alcanza a leer el segundo apellido del que fue alcalde en 1927, aunque quizá sea Durán, pero le resulta curioso que bajo el nombre del alcalde figuren los nombres de los concejales y aun del secretario de aquel Ayuntamiento: ... y *Concejales D. Plácido Prados, Don Eusebio Martín, Don Victoriano Durán, Don Manuel Calvo, Don Teodoro Ortega, Don Pablo Orta, Don Fernando (no se lee), y Secretario, Don Hipólito González.*

La Fuente de la Villa está a las afueras, en la parte baja entre el pueblo y la carretera que va a Cañaverál de León. Y es una fuente sin agua, eso al menos cree el forastero. Octogonal, pintada de almagra la mayor parte de su cuerpo, con un cuello de azulejos, como el pináculo de una torre que tuviera todo su cuerpo hundido en la tierra. Silencio. La tarde que empieza no es todavía calurosa, pero no hay ni un alma —sálvese otra vez la muchacha del chándal— por las calles, y sólo, oído tras

CAMPO Y PUEBLO.

la persiana de un ventanal cerca de la Plaza de Huelva, un ronquido largo, de siesta de sochantre, pone un signo de vida en el silencio. Al mirar las calles del pueblo, el forastero le da la razón a lo que lee en una papelería a la entrada del pueblo, una papelería municipal en la que se ve una fotografía de la ermita de la patrona del pueblo, la Virgen de la Tórtola, un letrero: *Exmo. Ayuntamiento. Hinojales. Pueblo limpio, pueblo saludable.* Más que limpio, pulquérrimo, y en cuanto a saludable, también debe de serlo: la gente del pueblo parece dormir la siesta de los hartos, satisfechos, sanos.

Ni siquiera un piar de pájaros. No es la hora, desde luego. Allá abajo, sí, por donde está la Fuente de la Villa. Allí hay umbría de chopos donde el pájaro canta y anida, como el rumor del agua que se imagina. Es un gran terreno cercado por una tapia que va desde estas veras de la parte baja del cerro donde se levanta la iglesia hasta la carretera

de Cañaverál, de donde sale el camino que va, alto, a la ermita de Nuestra Señora de la Tórtola. Precioso nombre el de esta virgen. Su nombre de Tórtola sí que canta en la voz de los hinojalenses, aunque sea la siesta. Canta en el pueblo y canta en la memoria festiva, cuando mayo —el mayo que se va por estas calles empedradas, limpias, cuasi esculpidas— empieza a contar: "1, 2, 3..." Será entonces la fiesta grande de Hinojales, la fiesta patronal de la Virgen. Serán tres días señalados, *Día de la Virgen, Día del Toro y Día de la Cruz.* Tres títulos distintos para tres días distintos. Saben los pueblos lo que hacen, han ido haciéndolo, perfeccionándolo a sus necesidades o a sus gustos, a medida que fueron pasando los años.

Esta lejos de Huelva Hinojales, a más de ciento cuarenta kilómetros. Más cerca, bastante más cerca, le cae la provincia de Badajoz, la Extremadura que queda identificada en algunos

pueblos huelvanos de esta parte. Es natural: las cercanías son las cercanías. Por esto mismo la iglesia de Hinojales, que cumplió medio milenio en agosto de 2005, es de estructura gótica, pero el gótico extremeño. Y para seguir acumulando riquezas de estilos, la iglesia parroquial de Nuestra de Consolación tiene su interior románico y el exterior renacentista. Una joya de iglesia, y tan a la vista, tan graciosa en su altura. Siglo XIV apretándole las carnes de su fábrica, y un siglo XII que le duerme en el origen. Tiene en el exterior arcos transversales de los llamados *de diafragma*. Mezcla de estilos bajo la cal que la blanquea con aire de ermita. Arriba, dos campanas mellizas, y arriba también, como en tantos sitios, la cigüeña en su nido. Nadie entiende una torre sin cigüeña, ni una cigüeña sin

Y sigue la riqueza. Ya le advirtió al forastero Lorenzo Pérez en Cumbres de San Bartolomé que en Hinojales encontraría una portada de iglesia muy parecida a la cimbreña. Aquí está, ahí delante la tiene el forastero, el isabelino que significa la transición del gótico. Preciosa. La gracia de los dos brazos que suben, como dos ramas de piedra, para unirse cuasi tan altos como el tejado.

Lo que el forastero no sabe es si en Hinojales son conscientes de una riqueza que tienen en la fachada principal de la iglesia de Nuestra Señora de Consolación: un azulejo. Un azulejo que no es un azulejo cualquiera, porque tiene la firma del mejor, de Antonio Kiernan, aquel trianero que pareció haber heredado la magia que trajo Niculoso Pisano. Una Virgen pastora que tiene una flor en la mano izquierda y con la dere-

la Virgen, la suavidad en toda la escena, el volumen, las telas y, sobre todo, el manto azul de esta Virgen –como todo lo que hacía Kiernan– son dignos de un museo.

Cuatrocientos habitantes unidos bajo un nombre, identificados en un caserío blanco y de calles onduladas, sinuosas, rectilíneas, limpias siempre. Cuasi se hace campo Hinojales en cuanto una calle se le sale de madre. Y se hace campo para hermosearse. Pero en un arriate ante la iglesia parroquial, al forastero le llama la atención –y lo fotografía para disfrutarlo– el color de las hojas de unas plantas de acanto. Nunca las había visto de este color el forastero: blancas y cuasi moradas, alternándose y conformando una belleza inigualable. Si la hoja grande del acanto sirvió como modelo para el estilo de bordado más destacado en mantos de vírgenes andaluzas –sevillanas, sobre todo–, estas hojillas de la flor son un primor. Qué equilibrio el del capricho de la naturaleza –que no es capricho–, qué orden interior no escrito para jamás desentonar...

Desde la parte trasera de la iglesia se mira el horizonte, que se ondula, y nos aparece un pueblo que blanquea la distancia... ¿Cañaveral, Arroyomolinos, algún pueblo de Badajoz? El forastero se queda con las ganas de saberlo, porque no hay nadie a quien preguntarle. El forastero tiene claro que tiene que venir a Hinojales cuando mayo empiece a contarse en el año, "uno, dos, tres..." Porque sabe que un día antes, el 30 de abril, el tamboril sonará a diana, y el pueblo irá desde la ermita a la iglesia, y habrá misa, y danza, y fiesta por las calles... Y el día primero de mayo, otro amanecer hermoso, quizá el más hermoso, el *Día de la Virgen*. Misa y procesión. Y otra vez la vieja Danza de Hinojales o Danza de la Tórtola, danza de niños y jóvenes, camisa blanca que vuela como falda cuando se ciñe la cintura con faja roja bordada de estrellas, banda azul morada colgada al cuello a modo de estola, especie de co-

gan. Riqueza folclórica. Suena la Danza de la Tórtola y envejece esta Sierra Norte huelvana, tan cercana a Extremadura que tiene parentescos con ella, que se los intercambia. La Virgen de la Tórtola -¡qué nombre tan alado, qué sonoridad del aire, qué sonido enamorado!- pasa por estas calles limpiísimas, de empedrado artesano, y el blancor a hombros llena de fervor el aire de Hinojales.

La tórtola como nombre de la Virgen, como símbolo en el escudo, como nombre de la danza. Más danza, más riqueza folclórica (el forastero no deja de acordarse del maestro Manuel Garrido Palacios).

El forastero callejea el pueblo desierto como si visitara un lugar fantasma. Mas se ve que la vida existe, y se ve en detalles delicados: ¡cómo cuidan las plantas y las flores! El forastero baja por la calle Iglesia, cerca de un patio-corrал en el que rebosan una parra, un jazminero y, queriendo salirse al aire más alto, encerrada torre, una palmera. Las calles están rotuladas con gusto. Son azulejos fabricados en el Taller Municipal de Cala, y en todos los rótulos figura el escudo de Hinojales, una tórtola superpuesta a un castillo. Más plantas y más flores. Y entre flores, a veces, plantas de huerta. Al forastero le llama la atención ver, cuasi vecinas de arriate, unos geranios y unas alcachofas o alcauciles. Hay calles que bajan -o que suben, según nos coloquemos- y parece que fueran a precipitarse los cantos rodados que las empedran. Calles por las que el viento bajara suicida en las noches de invierno, calles por las que el aguacero de los días de lluvia sonará con rumor desesperado de catarata...

Calles que parecen perderse en esquinas que suben o bajan de pronto. Calles a las que asoman casas que tienen medio cuerpo de pueblo y medio de campo. Corrales que todavía tienen una utilidad de minifundio donde se plantan huertos, se levantan frutales... El forastero recuerda unos versos de Miguel Hernández cuando hablaba de su corral: "Paraíso local, sitiado abril..." Sitiado mayo es el que vemos en Hinojales.

VENTANAS. CALLE DE LUZ.

Calles que dan al campo, todas. Calles que se allanan para hacerse plaza, como la plaza principal, plaza de Huelva, donde la fuente rodeada de seis bancos, seis farolas, algunos frutales y ninguna sombra, aguarda a que alguien le abra la única vena por la que le sangra el agua... Al forastero, que le atrae la limpieza nunca vista del pueblo, le gustan más las calles que se empujan, las que bajan, las que se deslizan como una quieta sierpe de cal y piedras... Hermosas calles que parecen volcar su blancor. ¡Será hermoso ver por estas calles la procesión de Nuestra Señora de la Tórtola!

A las afueras está la ermita de la Virgen de la Tórtola. Al forastero le duele saber que no puede pasar, que está cerrada la cancela que da paso al recinto. Se queda en el camino, al pie de la carretera, con la pena de no po-

der visitarla. Le debe una visita al sagrado lugar. Antes de dejar el pueblo lo quiere abrazar en la distancia cercana: se va a un lugar alto, allá por donde los corrales miran por cima de las tapias, y se le queda Hinojales como una postal: primer plano de higueras, segundo plano de corrales pequeños, fondo de corrales, tapias, tejados rojos, blancor siempre en el perfil apaisado del pueblo... Baja hasta donde la Cruz se levanta -¿fue humilladero?- blanca y con aspecto de reciente adorno... ¡Claro, el día 3 de mayo, Día de la Cruz!

Silencio. Más calles que suben, más calles que callan. Silencio blanco. Y de alguna parte parece que le llega un son de palillos... O quizá sea el zureo de una Sagrada Tórtola. Quién sabe...

...Te quedas pensativo y absorto...

ZUFRE

Mancomunidad de Municipios
Ribera de Huelva

Subir a Zufre

es como pasar por una lengua empinada y larga, entre la dentadura: la entrada al pueblo es clivosa y escoltada de almenas. La subida por Las Cuatro Callejas tiene un suelo de piedras que forman dibujo ajedrezado, cuesta que se hace leve por la contemplación que ofrece, que si olivos y frutales acompañan la subida, piedra vertiginosa asoma al perfil, en esa tentación de suicidio del aire...

El forastero tenía interés en venir a Zufre desde que vio, hace mucho tiempo, una fotografía del pueblo. Hoy,

cuando entra a él comprende que no hay cámara capaz de captar la sencilla belleza que anida allá arriba, pueblo adentro. Si le asombra, en el recinto del parque, la *Fuente del Paseo*, encerrado canto de cristal sobre la azulejería artística, que más que verja parece anillo de forja que la cercara; si le asombra la vista —desde arriba, sobre todo— de la plaza de toros, un circo construido a finales del XIX por el maestro alarife portugués Domingo Alfonso de Amorin, que si tiene categoría de tercera en la clasificación taurina —mil espectadores caben en su aforo—, tiene categoría de primera cuando el forastero se asoma a ella como a un pozo de invisibles aguas de miedo; blancor y piedra, cal y piedra y esa perenne moneda volcada del albero, que se baña de oro en cada sol entero que la ilumine, le asombra, sobre todo, el dormido espectáculo, in-

descriptible, de todo el caserío; por cualquier detalle, humilde o noble.

Cuando el forastero sube la cuesta hasta el respiro donde empieza a estrecharse el pueblo, ve a unas muchachas hermosas que blanquean el alto muro de piedras. Al sol pelado de un junio maduro, duele ver a estas muchachas, tan jóvenes, en tarea tan dura. Cerca de ellas, un letrado indica la ermita de Santa Zita. El camino de la Huerta de Santa Zita baja hasta la derruida —aunque la están restaurando— ermita de la Santa. La Santa, patrona de las sirvientas domésticas, fue una italiana nacida cerca de Lucca en 1218, y era tan humilde que la pobre ha pasado a la historia sin apellidos. Sirvió a Dios sirviendo a los demás y ayudando a los pobres. A Santa Zita también la invocan cuando se pierden unas llaves. Las muchachas que blanquean no sabrán, supone el forastero, si invocarla por su condición de trabajadoras al servicio del Ayuntamiento o para que les aparezcan las llaves para salir de condición de trabajadoras al sol pelado.

Baja por allí el pueblo entre albercas y frutales; higueras, membrillos y perales muestran sus frutos entre el frescor de los cercados donde el agua canta —el agua canta en casi todo los sitios del pueblo— manteniendo verdes. Al final del camino, a la derecha, construyen un edificio. Será un hotel, *Hotel Huerta de Santa Zita*. Su dueño, un zufreño que vive fuera, quiere inaugurarlos para el próximo verano. Y el forastero le promete venir, porque sabe que será asombroso habitar un sitio desde el que contemplar la Sierra Vicaria y cómo va haciéndose embalse el agua que baja por el Rivera de Huelva.

Al final del camino, frente al hotel, la ermita de la Santa. Cuadran con la vida de Zita de Lucca este lugar y esta ermita. Y cualquiera se sentiría señor de ermitaño en ella, señor de dominios en lo que el forastero llama *la propiedad de la mirada*. Cercados de piedras que guardan caballos, cabras, donde verdeen parras, cultivos de temporada; siempre el verdor, aun con estos calo-

res. Andar este camino es trasladarse a un pasado de no menos de medio siglo.

Cuando el forastero sube en coche por calles por las que tiene que ajustarse el viento, comprende el error de haber subido en coche. Zufre hay que andarlo. Quizá por esto se estrechan las esquinas para poder llegar en automóvil hasta la Plaza de la Iglesia, que se necesita cálculo de capataz de cofradía para pasar. Más asombros. En la plaza, frente a frente, los dos edificios más representativos, los poderes civil y eclesiástico, iglesia y ayuntamiento. La Iglesia de la Purísima Concepción levanta su siglo XVI callado y firme junto a unas almenas. El ayuntamiento, piedra con arcos de medio punto, amago de perfil de acueducto romano, se empina poderoso junto a una fuente que no para de cantar por la boca de un tritón.

Pero la curiosidad lleva al forastero a asomarse a las almenas junto a la hermosa iglesia, y tras una palmera, en un rincón, halla el asombro que menos podía imaginar: unos versos escritos con mano madura y voz de niño que hubiera retenido su mirada infantil en un atardecer. Y el forastero lee y va entusiasmándose con los heptasílabos, sencillos, musicales, perfectos, cuasi desnudos de metáfora, aunque al final sea la metáfora la que remate la obra que el poeta tituló *Las Almenas*:

*Como tarde, es muy tarde;
como noche, es muy pronto.*

*Por la Sierra Vicaria
andarán ya los lobos.
Corazón, no te vayas.
Niño, no salgas solo.
Por las Cuatro Callejas
cuatro cascos: el potro...
A estas horas el campo
lleno estará de ojos,
de lenguas misteriosas
que se callan a coro.*

*Por los caminos largos
que van hacia lo hondo
de la noche, te quedas
pensativo y absorto.*

*Tú, desde Las Almenas,
niño de calzón corto*

ESTRECHEZ. ADORNOS. CALLEJA.

*todavía contemplas
la tarde y su rescoldo,
la tarde interminable
que se cierra de pronto
como un gran abanico
de varillas de oro.*

El forastero se queda atónito cuando lee el nombre del poeta: Aquilino Duque. Rumiano va los versos cuando el amigo que le acompaña le presenta a un señor amable, educado, sereno. Se llama Victorio Duque Gimeno y es hermano del poeta. ¡Más asombro! Don Victorio, médico traumatólogo, les indi-

ca otro lugar y otros versos, escritos cuarenta años más tarde que los primeros. Los lleva, estrechez de silbido de cal, al Postigo. Y en El Postigo, afilada luz como la que se cuele por la aspillera de un castillo, allá donde una mujer cuida la florida delantera de su casa, arriates con geranios, jazminero, rosas y buganvillas, el poema: *Yo me asomé a Las Almenas / por ver cómo atardecía, / a esa hora en la que apenas / arde el pabulo del día. / Abanico de la aurora, / despliega tu varillaje / y sobredora la hora / de la niebla en el paisaje. / Tanto correr por el mundo / buando por*

BANCOS EN LA PLAZA.

de trastrigo / para hallarlo en el profundo / sosiego de este Postigo.

Octosílabos consonantes para explicar cuasi en una copla *—a esa hora en la que apenas / arde el pabito del día—* la síntesis del tiempo. Pan de trastrigo busca el forastero, desde siempre. Lo imposible, lo innecesario, si quieren. Pero también de pan de trastrigo se alimentan algunas ilusiones, admirado Aquilino.

Por don Victorio conocemos parte de la niñez del poeta, de aquí, aunque nacido en Sevilla. No merecía una infancia de menos altura quien tan elevado vuela con su verso, con su verbo.

No tiene una calle a su nombre el poeta, pero quizá no sepan algunos que el poeta tiene escriturado a su nombre *—a nombre del asombro y la poesía—* todo Zufre. Por don Victorio y su mujer conocimos un par de casas interesantísimas, la de un hijo suyo y la propia, junto a la iglesia, que da a la calle Arroyo.

Y la iglesia entre palmeras que sueñan vértigo de veleta, y las calles empedradas, estrechas, para que apenas quepan los secretos. Y la barandilla de las almenas, que tanto invita a ser pájaro para sobrevolar el inmenso paisaje, la ondulada tentación de la sierra. El país-

o del día arde y quema, se clava el sol en las piedras y coloca sombras allá donde las casas se visten de cal para defenderse. En la Plaza de la Iglesia, la Fuente del Concejo canta desde el siglo XVI, y reparte las aguas en turnos de riego en las huertas próximas. El agua por Zufre pasa como una sangre eterna, sangre dulce y clara que, sin que él lo supiera, amamantaría al poeta hasta hacerle brotar el verso con la transparencia que le brota.

En la torre de la iglesia, el reloj se esconde a la sombra como un cíclope y, prudentemente, marca algo más de la una de la tarde. La fuente sigue derramando coplas. Y el pueblo pasa y parece encogido, de tan estrecho, y sube, y baja, y se recorta como en un verso de pie quebrado, o invita a otra altura, a otra contemplación desde la plaza Joaquín Duque Duque. Un *ducado* se instala en el pueblo con corona poética.

El forastero mira por cima del caballete de una tapia baja y ve la sierra lejana de la provincia de Badajoz. Por allí, en algún sitio, andará el monasterio de Tentudía, y pueblos que en la noche serán lejanos rebaños de luces. Aquí, en el pueblo, la mirada del aire lo guarda todo. Al bajar para salir del pueblo, el forastero invierte el orden del alfabeto y coloca la zeta en primer lugar. Hasta ahora, el mayor asombro de la provincia no empieza por la A, empieza por la Z y se llama Zufre.

Una última parada para contemplar en su altura la impresionante imagen de la iglesia, y, junto a las blancas almenas ceñidas de ladrillo, recordar los versos eternos. Porque el forastero también se asomó siempre *—y se asoma—* al perfil de la meseta donde se asienta su pueblo para ver cómo atardece, a esa hora en la que apenas / arde el pabito del día. Como tarde, es temprano. *Corazón, no te vayas. Quédate —o vuelve—* para ver *la tarde interminable / que se cierra de pronto / como un gran abanico / de varillas de oro.* Merecerá la pena.

A Victorio Duque Gimeno

go más fugazmente la iglesia de Santa María, de clara advocación templaria, y nos encaminamos, ahora sí, a probar, en Casa Lara o en el bar Nito, la caldereta, el jamón de grasa entreverada, el secreto, cualquier queso extremeño o el guarrito, plato original de la zona.

Bebemos arrebatados el vino de la tierra, un pitarra que nos sabe a gloria, mientras algún parroquiano nos ilustra y nos dice que aquí nacieron Arias Montano y Bravo Murillo; o que fue el primer municipio de España en el que entró en funcionamiento una línea telefónica: corría el año 1880 y enlazó Fregenal con Sevilla.

Tierras del porcino

Mientras nos acercamos a Jerez de los Caballeros en la jornada siguiente, una piara de cerdos oscuros como el plomo anuncia, deambulando entre encinas de arboladura desordenada, que estamos en tierras del porcino por excelencia: el ibérico de bellota, ese milagro de la gastronomía. Y así, serpenteando por una trocha de asfalto que se abre camino entre dehesas verdes y regatos de agua, llegamos a la Xere Equitum medieval, nombre fastuoso y altivo, que la población merece.

Entramos en la ciudad por la puerta de Burgos, que horada el lienzo de la muralla, donde nos da la bienvenida una estatua de Hernando de Soto, conquistador y primer europeo en cruzar el río Misisipi. Y subimos hacia la plaza de España por la calle de los Templarios. Allí se alza la torre barroca de la iglesia de San Miguel y desde ella divisamos la atalaya azulada, bruñida

El monasterio de Tentudía, levantado en el siglo XIII, en el camino extremeño de la Orden del Temple.

GENIN ANDRADA

Los últimos templarios

Una ruta legendaria de Fregenal de la Sierra a Jerez de los Caballeros

ENTUD

Viaje por la campiña extremeña. Y al siglo XIII. Las paradas: dos recias fortalezas, una plaza octogonal y una torre, la Sangrienta, donde se dice que lucharon hasta morir 33 caballeros de la orden.

LEÓN LASA

Una bruma que podría estar dibujada con pincel se disipa poco a poco en la fresca mañana otoñal y nos desvela pausadamente una de las mayores manchas de bosque mediterráneo que todavía subsisten en Europa. El mundo acaba a cincuenta metros hasta que, al cabo de unos minutos, el celaje se levanta por completo y alcanzamos a distinguir kilómetros y kilómetros de encinas y alcornoques emergiendo de un tapiz de jaras, tomillos y romeros. El aroma es denso y evoca una naturaleza casi desaparecida. Diminutas gotas de rocío salpican los pétalos sueltos de algunas amapolas que sobreviven a un noviembre suave.

El silencio es absoluto en esta pequeña carretera que proviene de Cala y que, encajada entre los tradicionales muretes de piedra de toda la comarca, se dirige hacia Fregenal de la Sierra y Jerez de los Caballeros, nuestros destinos. Dejamos de lado el castillo de Segura de León, perfilándose contra un cielo que comienza a ser casi añil, y, de pronto, un cartel nos recuerda uno de los motivos de nuestra escapa-

Cómo llegar

■ La A434, que parte de las inmediaciones de Santa Olalla de Cala, en la N 630, carretera de Extremadura, es de una belleza singular y atraviesa un paisaje de dehesas único. Se continúa por la EX 201 hasta Fregenal de la Sierra.

Dormir

■ La mejor opción de la comarca es el Hotel Cristina (924 70 00 40; www.hotelcristinafregenal.com) en Fregenal. Cuenta con habitaciones amplias. La doble, 60 euros. Tiene una animada cafetería.

■ Más sencillo pero muy correcto, el Hotel Fregenal (924 72 01 27). Orduña Grande, 2. Fregenal de la Sierra. La habitación doble, 35 euros.

■ Interesante opción es el recién inaugurado hotel rural La Fontanilla (www.la-fontanilla.com; 924 70 06 00).

N 435, kilómetro 98 (a 200 metros de la estación de autobuses). Fregenal de la Sierra. La habitación doble con desayuno, en fin de semana, 75 euros.

Comer

■ Casa Lara (924 70 13 33). Paseo de la Constitución, 4. Fregenal de la Sierra. Precio medio, entre 15 y 20 euros.

■ La Ermita (924 73 14 76). Doctor Benítez, 9. Jerez de los Caballeros. Entre 20 y 40 euros.

Información

■ Oficina de turismo de Fregenal de la Sierra (924 70 13 76; www.fregenaldelasierra.es). Ubicada en el castillo. En su interior es posible ver parte de las murallas.

■ Oficina de turismo de Jerez de los Caballeros (924 73 03 72; www.jerezdeloscaballeros.es). En la Plaza de san Agustín.

■ Turismo de Extremadura (www.turismoextremadura.com).

da: la ruta de la Orden del Temple. El cruce de caminos evoca nombres medievales: Cabeza la Vaca, monasterio de Tentudía, Bodonal. Por un instante nos figuramos haber regresado al siglo XIII.

Perseguimos a un grupo de cigüeñas negras que nos conduce a las puertas de Fregenal de la Sierra, población dominada por la presencia abrumadora del baluarte templario. El caserío —de casas encaladas y portones de piedra; estamos en tierras de transición— se desparra por pendientes y repechos desde la porticada plaza de la Constitución, donde se arremolinan las construcciones principales: el Ayuntamiento, una parte de las murallas, varias man-

siones solariegas y, bajo los arcos, algunos bares de condumio impredecibles.

Pero sujetamos el impulso y accedemos, expectantes, al interior de la fortaleza. Se desconoce la fecha exacta de su edificación, pero sí que es mencionada por primera vez en 1283, año en el que el rey Alfonso X concede legalmente el dominio de Fregenal a la Orden del Temple, que ocupó el castillo hasta comienzos del siglo XIV, cuando fue recobrado mediante la fuerza por tropas reales.

La marca del ocho

Dentro del enorme perímetro amurallado se esconde el mercado de abastos, de formación octogonal (el viajero recuerda

algunas iglesias templarias, como la de Eunate), y una de las plazas de toros más singulares de la geografía española. El día es magnífico y desde una de las torres se alcanza a ver, hacia el suroeste, las estribaciones de Sierra Morena, y en dirección norte, los llanos de la Tierra de Barros.

Al salir del castillo por la puerta principal, bajo el torreón, observamos en la pared de éste un extraño escudo de piedra sobre cuyo origen nadie se pone de acuerdo: una especie de media luna soporta una cruz entre cuyos brazos parecen dibujarse cuatro estelas solares. A su lado, el signo de los canteros: un trébol también de cuatro hojas cincelado sobre la piedra. Visitamos al-

santo de los caballeros de la orden. Y, a vueltas con el Temple, nos acordamos del enigmático cenobio del río Ucero, en Soria. De la plaza de España nos encaminamos hacia el castillo templario por cuestas empinadas y angostas. Y de paso, otra curiosidad: en la ermita de la Vera Cruz —que repite el nombre de la misteriosa iglesia de Segovia, atribuida a la Orden de la Cruz Bermeja— ofrece en la actualidad sus viandas una de las tabernas más populares de Jerez: Ora et Bibere.

Penetramos, por fin, en el recinto del que los caballeros fueron señores a partir de la donación del rey Alfonso IX, alrededor de 1230, para que favoreciera el control de tan estratégico enclave, hasta la caída en desgracia tras el concilio de Viennes, en 1312. Casi un siglo de soberanía templaria por estas tierras en las que introdujeron el Fuero del Baylio, que todavía se aplica entre los residentes de la comarca y que consagra la igualdad patrimonial de los cónyuges. Y aquí, en la llamada torre Sangrienta, batallaron hasta el final por su libertad los últimos 33 caballeros de la orden; de lo más alto, dice la leyenda, se arrojaron al vacío a lomos de sus monturas.

Una bandera blanca con un ribete negro y la cruz templaria corona la misma. Terminamos el viaje apoyados en las almenas que circundan la fortaleza, vislumbrando a nuestra derecha la iglesia de Nuestra Señora de María, que nos traslada a la época visigótica. Y advertimos, en una esquina, el lema de la orden: "Nada para nosotros, Señor, nada para nosotros, sino para la gloria de tu nombre".

■ León Lasa es autor del libro *Por el oeste de Irlanda* (Almuzara, 2006).